

Reseñas

Enrique Krauze, *Biografía del poder*, tomo I: *Porfirio Díaz, místico de la autoridad*; tomo II: *Francisco I. Madero, místico de la libertad*; tomo III: *Emiliano Zapata: el amor a la tierra*; tomo IV: *Francisco Villa, entre el ángel y el fierro*; tomo V: *Venustiano Carranza, puente entre siglos*; tomo VI: *Alvaro Obregón: el vértigo de la victoria*; tomo VII: *Plutarco E. Calles, reformar desde el origen*, y tomo VIII: *Cárdenas, general misionero*. Fondo de Cultura Económica, Colección Tezontle, 1986 y 1987. (Investigación iconográfica de Aurelio de los Reyes.)

Jesús Gómez Serrano

La serie *Biografía del poder*, cuyos ocho tomos están ya a la venta, ha tenido un enorme éxito de librería. En un país en el que textos de esta naturaleza no alcanzan más que por excepción los 4 mil ejemplares, lanzar tiros de 30 y 45 mil ejemplares es todo un acontecimiento. Y como el éxito es el imán más poderoso del éxito, los libros de Krauze se han convertido inevitablemente en tema de tertulias y en bocadillo de toda suerte de reseñas. Hay quienes, prudentemente, se han abstenido de leerlos, esgrimiendo a título de excusa los antecedentes "ideológicos" del autor, su estrecha relación con cierta camarilla y sus irritantes propuestas en materia de política contemporánea. Hay otros que después de ojear superficialmente los libros y echando por delante el peso real o ficticio de su prestigio académico o institucional, han condenado la obra de Krauze por superficial, inexacta, carente de rigor y por algo más difícilmente asible que han dado en llamar sus "supuestos ideológicos". Pero son muy pocos los críticos que se han tomado la molestia de leer los ocho volúmenes, de situarlos en una perspectiva correcta y de emitir un juicio equilibrado.

En realidad, a los libros de Krauze les ha pasado lo que a los *bestsellers* y los clásicos: cualquiera habla de ellos y se permite externar las opiniones más descabelladas, pero son pocos los que realmente los han leído. Se tachan de *ideológicos* y se esgrimen en favor de esta tesis frases hechas y sacadas de su contexto, o bien se dice que son *obras menores*, porque el aparato crítico está limitado a lo esencial o porque sus propuestas son sencillas y están redactadas en un lenguaje asequible. Pienso, sin embargo, que estos ocho ensayos biográficos son encomiables por más de una razón: su presentación gráfica es impecable, la distribución de los materiales en capítulos breves y concisos facilita su lectura, la generosa y siempre bien pensada distribución de fotografías, grabados y facsímiles hace pensar que no se trata de simples motivos ornamentales, sino de verdaderas explicaciones que ilustran y complementan el texto. Su mayor mérito, empero, es haber sacado de la inexpugnable torre de la Academia un conjunto de saberes esenciales para la comprensión de nuestro presente y haberlos puesto a disposición de un público bastante más amplio que el formado por los eruditos. Nadie duda que para estudiar a fondo ese tramo de historia nacional que conocemos como El Porfiriato es estrictamente necesario leerse los diez volúmenes de la *Historia Moderna de México*, pero es igualmente claro que al mexi-

cano ordinario, al hombre de la calle, le puede bastar con leer el tomo I de la *Biografía del poder*.

Ante todo, se antoja necesario tomar estos libros por lo que realmente son y no por lo que no son, *por lo que explícitamente no son*. No son ni pretenden ser una historia integral del periodo 1870-1940; tampoco son investigaciones eruditas, dirigidas a un reducido público intelectual y destinadas a hacer luz sobre aspectos poco conocidos o francamente inéditos de la vida de ciertos personajes; mucho menos son versiones oficiales de esa magna tragedia o epopeya que conocemos como Revolución mexicana, por la sencilla razón de que Krauze no es —tal como sus libros y ensayos lo demuestran— un intelectual orgánico. Las *Biografías del poder* son, mucho más sencillamente, obras que condensan las aportaciones hechas por otros investigadores y que tratan de vulgarizar ese saber, de llevarlo a un público amplio (en el sentido en el que, en un país como México, puede ser amplio el público lector de libros).

En cuanto al método de exposición de Krauze, que es el mismo en los ocho volúmenes y en cuya virtuosa aplicación podemos encontrar una de las razones del éxito de la obra, habría que hacer un breve comentario. El autor parte de una recuperación, atendida a lo que permiten las fuentes más conocidas, de la infancia y la juventud de los personajes, con la idea de encontrar en su origen social, su situación familiar o en ciertas experiencias fundamentales de los biografiados, la clave que explique su posterior proceder como gobernantes o como líderes de un movimiento. Los capítulos son todos breves, ágiles y directos; no se pierden en digresiones ociosas ni en profundizar, y cuando lo hacen, la maestría narrativa de Krauze es tal que en lo aparentemente accesorio se encuentra la explicación de lo fundamental. Aunque hay que decir que el autor no se limita a exponer los hechos; lo suyo no es la cronología ni la erudición apabullantes; abundan las fechas, los nombres y las referencias a acontecimientos y lugares, pero todo encuadrado en un marco interpretativo general, con el que se puede o no estar de acuerdo, pero cuya existencia no se puede negar. Por ejemplo, cuando en el último capítulo del tomo V se refiere Krauze a la muerte de Carranza, compara las diferentes versiones y concluye dando por buena, en principio, la hipótesis del suicidio, aunque añade que en cualquier caso Carranza murió “con una dignidad comparable a la de Miramón”, seguro de que aun en el instante supremo su destino le pertenecía. Cuando puede —en los casos de Díaz, Villa y Calles sobre todo—, Krauze remata sus biografías con un capítulo en el que recupera los últimos años de la vida de sus personajes. Años particularmente interesantes, llenos de nostalgia de poder y de reflexiones no desprovistas de autocritica, y manejados además con singular pericia. Por lo que toca a las fuentes, Krauze conoce las más útiles y se sirve de ellas con honestidad y destreza, señalando con alguna frecuencia de dónde toma tal dato o apreciación. Datos nuevos casi no los hay, pero Krauze no pretende vendernos gato por liebre: las suyas son obras de divulgación y eso él y cualquier lector mínimamente avisado lo tienen claro. En realidad, dado el público para el que están escritos los trabajos, el estado actual de las investigaciones sobre los diferentes temas abordados y el tiempo invertido en su preparación, los libros dejan poco que desear. Errores, inexactitudes y omisiones seguramente los hay, pues no hay obra perfecta ni investigación insensible al pulimiento, pero puestos en la balanza los aciertos y los yerros, parece obvio que el fiel se inclina del lado de los primeros.

Porfirio Díaz, místico de la autoridad

En dos capítulos de introducción, Krauze recuerda las primeras andanzas de Porfirio: su origen mixteco, su romance con Juana Cata, sus triunfos durante la guerra contra los franceses, la memorable acción del 2 de abril de 1867 —en la que, según varios testigos, “compró sus orolepes con plata cantante y sonante”—, su fracaso como líder de la revolución de La Noria y el amargo sabor de boca que le dejó su experiencia como legislador. En 1876 se pronunció de nuevo, bajo la bandera del Plan de Tuxtepec, y derrotó militarmente al gobierno lerdistista. Este episodio de la historia nacional, más allá de su significación coyuntural, provocaría un profundo cambio en la vida del país: “tocaba a su fin la era del progreso político —la era de Juárez— y tocaba a la puerta la era desigual y paradójica del progreso material: la era de Díaz”. (I, p. 27.)

Pero “la larga paz porfiriana” no es atribuible sólo a quien le dio nombre. Krauze recuerda que “profundas corrientes históricas” la preparaban y que la Europa de las revoluciones, pródiga a lo largo de las siete primeras décadas del siglo XIX, descansó también en los setenta. El país, libre al fin del acoso europeo y a salvo también —al menos momentáneamente— de la voracidad expansionista norteamericana, “podía dejarse llevar, sin riesgo de su existencia, por los vientos del progreso material”. (I, p. 27.)

Por lo demás, el país necesitaba con urgencia dejarse mecer un poco por esos vientos. Los gobiernos de Juárez y Lerdo creyeron llegada la hora del progreso, pero fue poco lo que pudieron hacer. No tuvieron ni tiempo ni recursos, pero es probable que también hayan carecido de voluntad:

creían más en el progreso político que en el económico, apreciaban mayormente la libertad política —en todas sus manifestaciones— que el bienestar material. Les importaba más ejercer la independencia y la separación de poderes, la libertad de prensa, de sufragio, de credo, de expresión, de asociación, que construir una red ferroviaria. (I, p. 28.)

Ahora las claves habían cambiado. El periódico de los tuxtepecanos se llamó, sintomáticamente, *El Ferrocarril*, y el mismísimo Francisco Zarco, un devoto como pocos de la libertad, llegó a decir que lo que hacía falta en México eran caminos, escuelas, hospitales y fábricas.

Pero antes era necesario “instaurar el reino del orden y la paz”, lo cual suponía “el dominio simultáneo de doce riendas”. Lo mismo había que dividir a los amigos que controlar gabinetes y gobernadores, restarle efectividad al sufragio que domesticar los poderes legislativo y judicial, amansar al ejército que procurar una política de conciliación con la Iglesia, y, sobre todo, cultivar la propia personalidad. Con esas doce riendas logró Porfirio embridar a la Gran Caballada, mantenerse en la silla presidencial durante más de treinta años y dar a esa silla dimensiones tales que llegó a abarcar al país entero.

Uno de los capítulos más interesantes de este tomo es el dedicado a escrutar la personalidad de Porfirio. Krauze recuerda a Federico Gamboa (Díaz es “la esfinge”), a Andrés Molina Enríquez (Díaz es un mestizo en el que las sangres india y española guardan una proporción “muy cercana al equilibrio perfecto”), a Juana Cata, a Carmelita Romero Rubio... y concluye que la de Porfirio era “una identidad en tránsito”. Era indio,

nativo de una región en la que "la densidad y profundidad de las culturas indígenas quizá no tenga paralelo aun ahora con ninguna otra zona del continente americano", pero se sometió a un proceso de aculturación que lo convirtió en un hombre refinado y cosmopolita, siempre lacónico, introvertido e impenetrable, pero también leal y en extremo cuidadoso de las formas.

Antes que otra cosa, Porfirio era "la personificación de la autoridad". Una autoridad detrás de la cual hay ambición, aunque su clave profunda no sea esa. Porfirio era más bien "un padre inmenso", un padre sensible tanto al pasado precolombino del país, a sus raíces teocráticas, como a su presente moderno, marcado por el vapor y los ferrocarriles. El de Díaz es un "paternalismo integral", desdeñoso de las leyes pero no de las formas, capaz de promover una política de integración que no era en el fondo más que "la proyección de su propia identidad en tránsito".

A partir de la página 88, Krauze se va tras la pista de las razones que puedan explicar el largo ocaso y la (aparentemente) rápida caída del régimen porfirista. Empieza por recordar una reveladora confesión de parte: "un hombre de setenta años no es el que se requiere para gobernar una nación joven y briosa", dijo Porfirio en 1900, cuando preparaba su sexta reelección. Después alude a la "leve sombra" que venían haciendo dos personajes de la vida nacional: Bernardo Reyes, el todopoderoso señor de Nuevo León, y José Yves Limantour, ese genio de las finanzas que fue capaz de poner orden en las cuentas del país. Recupera también aquella carta de Justo Sierra, escrita en noviembre de 1899, en la que el problema fue planteado con absoluta lucidez: "la reelección significa hoy la presidencia vitalicia, es decir, la monarquía electiva con un disfraz republicano". Francisco Bulnes, por su parte, pronunciaría en junio de 1903 "uno de los discursos políticos más importantes en la historia porfiriana". Su razonamiento, en su simplicidad, era dramático: si el progreso y la paz dependían de Díaz y si Díaz era mortal, el progreso y la paz morirían con él. Su conclusión era igualmente impecable: el país debía avanzar en la senda del progreso político. Sin embargo todo ello no era más que "inútil profundismo de intelectuales". Porfirio era el tapado de sí mismo y no había fuerza capaz de convencerlo de que, como decía Bulnes, lo que el país necesitaba eran partidos políticos e instituciones.

En "Asaltos del futuro", Krauze alude a los movimientos de oposición que tuvo que enfrentar el régimen porfirista (no todos, por cierto, sólo los mejor conocidos, pues hubo muchísimas resquebrajaduras que debido a su carácter específicamente local y a la escasa resonancia que tuvieron son todavía poco conocidos). En primer lugar, el periódico *Regeneración*, fundado en 1900 por los hermanos Flores Magón con el fin de "denunciar las arbitrariedades de la administración de justicia". Luego, la huelga de los trabajadores de la Cananea Consolidated Cooper Co., que fue contenida a sangre y fuego, lo mismo que la que desataron en enero de 1907 los obreros de la fábrica textil de Río Blanco. Estos sucesos presagiaban el futuro y eran un indicio claro de que "los esquemas del liberalismo social comenzaban a resquebrajarse". Ese liberalismo, bandera de un Estado que allanó una y otra vez la senda recorrida por el gran capital pero que en lo tocante a la cuestión social se declaró abstencionista, ignoraba los estragos que año con año causaban la tóserina y el paludismo, la vida miserable que llevaban los peones de las grandes plantaciones industriales. En realidad, dice Krauze, "la época porfiriana no tuvo ojos para la desigualdad y la miseria", como tampoco

los tuvo "para las raíces de México, para su mosaico de pasados y culturas".

Con respecto a la célebre entrevista Díaz-Creelman, Krauze piensa que su lectura desapasionada e inteligente no puede sino orillar a la conclusión de que "Porfirio sintió todo el tiempo, por encima de su hombro y a pesar suyo, la mirada escrutadora de la legitimidad democrática". Dicha entrevista, sostiene Krauze con obvio regocijo, "es una muestra de la fuerza moral y política de las ideas democráticas". Más allá del alboroto que las declaraciones de Díaz provocaron entre "la caballada", está el hecho de que "la legitimidad democrática" llamaba a cuentas al Presidente y lo doblegaba. De cualquier forma, el hecho es que muchos se tomaron en serio las promesas del anciano líder: no sólo su auditorio mexicano —Francisco I. Madero por delante—, sino también los prohombres del gobierno norteamericano. A sus ojos Díaz era, a más de un dictador poco amigo de las formas democráticas, un líder demasiado independiente, que flirteaba con los japoneses y que recibía como héroe al depuesto presidente nicaragüense Santos Zelaya.

Por lo que toca a la súbita crisis del Antiguo Régimen, Krauze recuerda la perplejidad de su primera víctima: "no conozco hecho imputable a mí que motivara ese fenómeno social", dice Díaz en el texto de su renuncia, presentada el 25 de mayo de 1911. En realidad, y aquí afloran de nuevo las convicciones del autor, a Porfirio no lo derrocaron los anarquistas que febrilmente estaban haciendo labor opositora desde 1903, ni una huelga obrera, ni mucho menos una revuelta de carácter campesino. A Díaz lo derribó, sostiene Krauze,

su antigua querella con el liberalismo puro, el político, que negando la preeminencia del progreso material sobre la libertad individual, no duda en asaltar el añoso edificio del orden porfiriano para buscar la instauración de un régimen democrático.

Y, aunada a esa querella, catalizándola, la presencia de una religiosidad opuesta a la de Díaz: "contra el místico de la autoridad, el místico de la libertad", remata Krauze. (I, p. 137.)

Francisco I. Madero, místico de la libertad

Nada en los treinta primeros años de Madero preludiaba al revolucionario. Nacido en el seno de una familia opulenta, su más tierna juventud quedaría marcada por la "profunda huella disciplinaria y moral" imprimida por los jesuitas. Después viajaría a Estados Unidos, Francia y a otros países europeos, pero no lo impresionan ni el arte ni el paisaje, sino el espiritismo, que según el propio Madero era "el descubrimiento que más ha hecho por la trascendencia de mi vida". Del espiritismo, a Madero le interesa menos "desentrañar fenómenos inexplicables" que encontrar los vínculos profundos que unen esa doctrina y los evangelios cristianos.

Pero en Madero no lo eran todo los devaneos espiritistas. Era también un hombre práctico, dueño de un nada despreciable arsenal de saberes mundanos, que en 1893 se hace cargo de una de las haciendas de la familia, que introduce el algodón estadounidense en la región del Nazas, que "emprende obras de riego y convierte su coto en un modelo de pequeña propiedad". Aunque hay que decir también que Madero era un

empresario dotado de un inusitado sentido de la solidaridad, que cura a sus peones y comparte la vida frugal de sus trabajadores.

Su primera incursión política no es muy temprana (tiene lugar en 1904, cuando tenía 31 años de edad), ni se ve coronada por el éxito (pierde las elecciones de presidente municipal en su natal San Pedro de las Colonias). Pero no se da por vencido: al año siguiente participa en la campaña gubernamental de Frumencio Fuentes, organiza clubes políticos y publica un manifiesto en el que lamenta que la soberanía estatal haya sido siempre "un mito". Pierde de nuevo y entonces nace en él el apóstol:

No es un maestro de la verdad o de la revelación, porque no tiene ni busca discípulos. Tampoco es un sacerdote laico, porque no ejerce sedentaria y profesionalmente su credo. Menos aún es un profeta, porque no anuncia al futuro ni levanta su voz para anatematizar el orden presente. Es un *predicador*: un *médium* de espiritualidad política que encarna y lleva un mensaje de cambio a todos los lugares a través de la palabra. (II, p. 21.)

Por aquellos días se pone a preparar el libro que trastornaría por completo su vida: *La sucesión presidencial en 1910*. A su respecto, Krauze dice que "vale la pena recordar sus ideas principales, porque ha llovido tanta tinta sobre el maderismo que pocos se acuerdan ya de lo que dijo Madero". Para Madero, el mayor mal del país era el poder absoluto, su concentración en manos de un solo hombre. A pesar del innegable progreso material acumulado, el Porfiriato tenía un pasivo enorme: Tomóchi, Cananea, Río Blanco, analfabetismo generalizado... Pero eran las "llagas morales" las más dolorosas: "la corrupción del ánimo", el envilecimiento, la tendencia al disimulo. Pese a todo, el remedio era sencillo: que Díaz hiciese buenos los ofrecimientos contenidos en sus declaraciones al periodista Creelman, que las prácticas democráticas fuesen restauradas y que, en suma, se volviese a la constitución de 1857. Por lo demás, las páginas dedicadas a *La sucesión presidencial* son muy oportunas, porque revelan que, en política, Madero no era el ingenuo que quiere la leyenda.

Madero se lanza entonces a un peregrinaje que, en opinión de Krauze, contiene "la mayor enseñanza práctica de democracia ejercida por un hombre en toda la historia mexicana". Encabeza en la capital de la República los trabajos del Centro Antirreleccionista, funda varios periódicos, visita casi todo el país y se erige, en suma, en un serio contendiente de Díaz. Finalmente, en San Luis Potosí es hecho prisionero, pero elude el cerco policiaco y se fuga a los Estados Unidos, desde donde lanza su Plan de San Luis.

El triunfo de Madero es visto por Krauze como el triunfo de la democracia sin adjetivos. Al respecto se apoya no sólo en sus propias convicciones, sino también en el punto de vista de Daniel Cosío Villegas, quien llegó a decir que

la bandera maderista era una verdadera reivindicación, mucho más general y más honda de lo que han creído los propios apologistas de la revolución. Era la reivindicación de la libertad individual para determinar la vida pública del país: era la reivindicación del individuo contra el poder opresor del Estado; de la ley ante la fuerza, del gobierno de instituciones contra el gobierno personal y tiránico; era el reconocimiento del viejo apotegma bíblico de que no sólo de pan vive el

hombre, de que la satisfacción y el gusto del hombre proceden tanto del progreso material como de sentirse libre, incluso para resolver si quiere ese progreso, y en dónde, cómo y cuándo. Si se recuerda cuán vieja era la lucha del mexicano por la libertad; si se recuerda que la tuvo en sus manos, hasta abusar de ella, en la república Restaurada; si se recuerda, en fin, que durante el Porfiriato la pierde hasta olvidar su pura imagen; si se recuerda todo esto, tendrá que admitirse que el "sufragio efectivo" era una bandera revolucionaria con toda la flámula roja destinada a subvertir un orden de cosas. (II, p. 65-66.)

Aunque, sostiene Krauze, aquella sería a la postre una "derrota en la victoria". Madero no fue víctima tanto de sus enemigos cuanto "de su propia congruencia mística, ideológica y moral". Es decir, llegada la hora, Madero no sólo se negó a ejercer un poder absoluto y tiránico, sino que prefirió restablecer el imperio de la ley, volver a la Constitución del 57 y dar a los mexicanos la oportunidad de gobernarse. Además, Madero no percibió que los manejos del presidente interino De la Barra y las maquinaciones del general Huerta en Morelos, que al final de cuentas volverían inevitable el rompimiento entre el vencedor de Porfirio y los zapatistas, obraban en su contra, contribuían a desgastar su figura. Madero creía que no era él quien había triunfado: "era la Providencia misma". "Por eso —dice Krauze—, no vacila en decretar la paz perpetua, el licenciamiento de tropas, el orden constitucional y la fraternidad general".

Las páginas dedicadas en este volumen a estudiar el efímero gobierno maderista son de primera. Se ponderan en ellas tanto los aciertos de la administración (respeto irrestricto a la libertad de prensa y a los derechos de los trabajadores, creación del Departamento del Trabajo, apertura de escuelas de todo tipo, realización del Primer Congreso de Educación Primaria, etc.), como los desaciertos (la tibieza del presidente, su renuencia a actuar de manera enérgica, el haber perdonado la vida a Félix Díaz y a Bernardo Reyes); se recuerdan los más sólidos obstáculos que tuvo que enfrentar (levantamientos militares, incompreensión de los intelectuales, oposición tenaz e injusta de la prensa que abusaba frívolamente del clima de libertad que se respiraba y que tácitamente estuvo pidiendo, "a todo lo largo del régimen maderista, la vuelta al silencio porfiriano"), y se alude a la insidiosa y nefasta labor del embajador norteamericano Henry Lane Wilson, que llegó hasta el extremo de pedir la evacuación por mar de sus paisanos "refugiados".

Madero entendía que su mayor deber era dar al pueblo la libertad política y que, como contrapartida, el deber del pueblo era ejercer responsablemente esa libertad. "No podía, dice Krauze, forzar ese ejercicio: sólo podía propiciarlo, a riesgo de que la libertad se devorase a sí misma". Madero no era ni inocente ni ingenuo, aunque sí inhábil "para el arte de la política, para la relojería de los medios y los fines". (II, p. 93.)

Emiliano Zapata: el amor a la tierra

Este volumen se abre con tres capítulos de introducción. El primero se refiere a la tenaz e irreductible resistencia indígena, refugiada detrás de una legislación que no era enteramente hostil a los naturales, que dejaba huecos a través de los cuales respirar. En 1910, dice Krauze, los indios, sus tierras y sus pueblos seguían allí. El segundo de estos capítulos

alude a las circunstancias específicas de Morelos, región en la que la lucha indígena.

adoptó formas menos violentas, pero que en su misma persistencia, variedad e irresolución, en la misma complejidad de elementos en juego, preparaban una reacción cataclísmica. (III, p. 15.)

Y el tercero está centrado en Anenecuilco, el pueblo en el que nació Zapata, un pueblo que durante los siglos XVII y XVIII "vivió de milagro", que resistió con éxito el embate de varias generaciones de hacendados y que, en diciembre de 1910, por fin, tomaría medidas tendientes a que las mercedes hechas en tiempos del virrey Luis de Velasco el Viejo surtiesen efecto.

Más adelante se recrea la tensión que existió siempre entre Madero y Zapata, dos hombres de buena fe, dos verdaderos revolucionarios que no pudieron ponerse de acuerdo.

Zapata era un hombre de convicciones absolutas —dice Krauze—. Por eso no pudo interpretar las reticencias de Madero para repartir la tierra y su debilidad para imponerse a De la Barra y Huerta más que como una *traición* en el sentido bíblico del término, como el pecado que incluye todos los pecados... (III, p. 64.)

A la postre, aquel desencuentro vendría a ser "uno de los momentos trágicos de la Revolución".

El localismo de la revolución zapatista es un tema al que Krauze vuelve una y otra vez. En las páginas 39-40 dice que "la verdadera patria de Zapata no fue México ni el estado de Morelos, ni siquiera el distrito de Villa de Ayala, sino la tierra que lo nutrió". Más adelante, en la página 75, sostiene que "en el fondo, el zapatismo nunca renunció a su condición de isla" y que en ello justamente residían la fuerza y la debilidad del movimiento. Después, en la página 100, recuerda que Zapata no peleaba por "las tierritas" —como decía Villa—, sino por la *Madre Tierra*. Y agrega:

Zapata no quiere llegar a ningún lado: quiere permanecer. Su propósito no es abrir las puertas al progreso, sino cerrarlas: reconstruir el mapa mítico de un sistema ecológico humano en donde cada árbol y cada monte estaban allí con un propósito; mundo ajeno a otro dinamismo que no fuera el del diálogo vital con la tierra.

Estrechamente relacionado con este asunto está el de la incapacidad del zapatismo de entenderse con los demás: con Madero, porque no se comprende su tibieza; con los Orozco, porque "¿qué esperaríamos de estos infames... que traicionaron y asesinaron a sus amos...?"; con Carranza, porque el de Cuatro Ciénegas se niega de plano a aceptar las imposiciones de los surianos; con el gobierno de la Convención, con el que sostuvo un breve romance, porque todo lo que olía a ministerios y papeleos resultaba un tanto chocante; con el propio Villa, del que en apariencia es aliado natural, porque su mentalidad, su bagaje cultural y sus proyectos a futuro —como lo revela el célebre diálogo que sostuvieron los caudillos el 9 de diciembre de 1914— eran completamente diferentes.

Ello precipitaría la ruina del zapatismo. Aunque al aislamiento habría que añadir la guerra de exterminio que le declaró Carranza y desde luego la "quiebra interna" del movimiento, cuyo episodio más triste tuvo lugar en mayo de 1917, cuando un consejo de guerra del que formaba parte Soto y Gama condenó a muerte a Otilio Montañón, compadre de Zapata y coautor del Plan de Ayala.

La conclusión de Krauze es irrefutable: la reforma agraria no se comprende sin Zapata, aunque "sólo un momento de ella fue en lo esencial zapatista". La de Zapata es una revolución trágica, perdida "en un hambre de traiciones, ambiciones y banquetas". (III, p. 124.)

Francisco Villa, entre el ángel y el fierro

Prima una admirable economía de lenguaje en los dos primeros capítulos de este volumen. En pocas páginas, con fórmulas concisas, precisas y no carentes de encanto, Krauze expone lo que fue la vida prerrevolucionaria de Villa. Acerca de si el futuro jefe de la División del Norte fue o no un bandolero, el autor pronuncia una sentencia muy moderada: era un bandido, sí, pero un bandido justiciero, en cierta forma un bandido social, más emparentado con Heraclio Bernal y Chucho el Roto que con los abigeos que robaban y mataban por pura ambición. Y agrega que "la versión antivillista omite los periodos de tregua civilizada y niega valor o veracidad al episodio de la hermana violada"; para sus malquerientes, "Villa no es más que un asesino". Por su parte, Villa nunca negó sus correrías, pero es probable que haya ejercido el bandidismo "con un propósito distinto —o complementario— al del provecho individual". Era un hijo legítimo de la frontera, de una tierra en la que imperaban la ley del revólver y la cultura de la violencia. Acaso un Robin Hood mexicano, como dijo John Reed.

Ya convertido al maderismo, después de una patética y lacrimosa confesión, "comienza a revelar su genio": engaña al general Navarro, se distingue en la toma de Ciudad Juárez y Orozco dice de él que es un "buen pelado". Después permanecería fiel a Madero y combatiría a Orozco bajo las órdenes de Victoriano Huerta. "Rápidamente aprende las artes de la guerra, las formaciones, los simulacros". Huerta reconoce su destreza "y empieza a temerle"; aprovecha un pretexto banal y logra que un consejo de guerra lo condene a muerte. Pero un oportuno telegrama del presidente Madero le salva la vida. En la cárcel aprende a leer y escribir, se instruye mínimamente. Luego, con ayuda de una pequeña lima, se fuga y emprende un largo viaje que lo llevará hasta El Paso. Después de asesinado Madero, al frente de 9 hombres y con unas pocas provisiones, entra de nuevo a México. Su objeto era uno solo: "vengar la muerte de su redentor".

Esta vez, su vertiginosa carrera militar es la envidia y el asombro de todos: en pocos meses está al frente de un contingente de nueve mil hombres bien armados, asalta peliclescammente Ciudad Juárez, se hace del control de todo el estado de Chihuahua, le promete fidelidad a Carranza y firma —digno corolario de su apoteótica carrera— un contrato con una empresa cinematográfica que lo obligaba, entre otras cosas, a pelear de día y a simular combates, en caso necesario. Cerrado este paréntesis fílmico, continúa su marcha al sur: toma Torreón y San Pedro de las Colonias, incorpora a su división al general Felipe Ángeles y prepara la toma de Zacatecas. Entonces empieza a distanciarse de Ca-

rranza. Pero por lo pronto las diferencias se zanján y Villa reitera su lealtad al Primer Jefe. Tomada Zacatecas, aunque obstruido, gracias a diversas maniobras, el avance de las tropas villistas, es más claro que nunca el papel jugado por este ejército. En la lucha contra los huertistas, Villa fue el más importante "brazo armado de la Revolución".

Por aquellas fechas puede Villa incursionar en un terreno que hasta entonces le había sido ajeno: el del reformismo social. Su utopía, si es que el término cabe, era hija del voluntarismo y no de un programa bien pensado y coherentemente articulado. Confisca los bienes de los enemigos de la Revolución, garantiza la subsistencia de viudas y huérfanos, crea el Banco del Estado de Chihuahua, abarata los productos de primera necesidad, organiza su racionamiento y distribución, recoge centenares de niños y costea su educación y esboza candorosa y vagamente lo que quiere para el país: "una inmensa y fértil academia militar", en palabras de Krauze.

Su personalidad es ambivalente. John Reed encuentra en él al "ser humano más natural que he conocido", aunque aclara que utilizaba la palabra *natural* "en el sentido de estar más cerca de un animal salvaje". Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela y José Vasconcelos señalan que su carácter era "fiero" o "felino" y que sus ojos sanguinolentos y brillantes como brasas eran capaces de desnudar almas. Sin embargo, dice Krauze,

aquella fiera era también un ser humano, sentimental y plañidero, piadoso con el débil, tierno con los niños, alegre, cantador, bailarín, abstemio absoluto, imaginativo, hablantín. Aquella fiera no era siempre una fiera. Era, en el sentido estricto, centauro. (IV, p. 48.)

Esta dualidad se manifestaba también en sus relaciones con las mujeres. Soledad Sáenz, una de sus últimas esposas, llegó a decir que "Francisco era terrible cuando estaba enojado, pero tiernísimo cuando andaba de buenas". Aunque por momentos esas dos facetas de su carácter parecían acercarse hasta fundirse en una síntesis. Villa aspiraba a una justicia "clara como la luz" y "convinciente como la palabra de Madero", una justicia implacable y capaz de justificar a la fiera. En resumen, Villa no era justo sino justiciero, prefería imponer la justicia a impartirla; era, dice Krauze, "el vínculo efímero del fierro y el ángel".

En "Derrotas psicológicas", Krauze recrea brevemente las entrevistas sostenidas en septiembre de 1914 por Villa y Obregón. Villa carga con fuerza, trata de impresionar y de intimidar a su rival, pero Obregón, que conoce mejor "el idioma universal de la política", elude la carga y se limita a escuchar y a observar. En determinado momento, Villa se enfurece y anuncia su decisión de pasar por las armas a su huésped, pero de nueva cuenta se imponen el aplomo y la sangre fría del sonorenses. Después, durante la Convención de Aguascalientes, Obregón le infligiría a Villa una segunda derrota psicológica, al conquistar numerosos aliados y simpatizadores entre los hombres del Centauro. Con ese mismo esquema —un Villa atrabancado y confiado en exceso frente a un Obregón calculador y frío— se consumaría poco después, en los campos de Celaya, el triunfo militar de los constitucionalistas.

Y a estas derrotas se añadiría una tercera: la que se inflige a sí mismo Villa al renunciar al ejercicio del poder, al desdeñar el campo de la política y al permitir que los otros tomen en sus manos esos enfadosos asuntos. Villa sostiene, dice Krauze, que "la política es para los

deshonestos, los ambiciosos, los hombres sin principios''. Visión parcial y chata de la que se derivará un destino: ''pelear, pelear ciegamente o hasta el advenimiento de un nuevo Madero en el que pudiese creer''. Por eso se desentiende de la suerte que corrían los gabinetes convencionalistas y se dedica a pasear, a enamorar mujeres, a flirtear con María Conesa y a llorar como niño frente a la tumba de Madero.

Mientras preparaba su ejército para las batallas decisivas, Villa pudo dejar que sus hombres gobernarán a su gusto el por entonces efectivamente soberano estado de Chihuahua. ''Se desplegó una política agraria activa'', se repartieron haciendas, se fomentó la economía, se crearon una Escuela de Artes y Oficios, diversas escuelas primarias y un asilo. Aunque el experimento tuvo también su lado oscuro: el enriquecimiento de varios lugartenientes, las continuas arbitrariedades y el nepotismo. Todo indica que en lo personal Villa no robó ni atendió de cerca la administración de los inmensos territorios que llegaron a estar bajo su control, pero toleró los excesos de muchos de sus subordinados.

Son tres los factores de que se vale Krauze para explicar la derrota militar del villismo. En primer lugar, la falta de colaboración de Zapata, que permitió a los carrancistas moverse con absoluta libertad a lo largo del corredor México-Veracruz. Luego, el hecho de que los villistas combatían simultáneamente en tres frentes, lo cual implicaba la dispersión de las tropas. Y por último, la adopción de una táctica inadecuada, desaconsejada en su momento por Felipe Angeles, pero obstinadamente sostenida por Villa. El hecho es que en abril de 1915 quedó sellada la suerte militar y política del villismo. Las pérdidas fueron inmensas, incalculables, casi tan graves como el descrédito. Y al indómito guerrero no le quedó más remedio que refugiarse en el norte y convertirse de nuevo en guerrillero. El golpe de gracia se lo darían los norteamericanos, que el 19 de octubre de 1915 reconocen al gobierno carrancista. La desilusión de Villa es total: no sólo se siente amargado, sino también traicionado. Es entonces cuando debió fraguar su venganza.

La venganza se llamó Columbus, episodio con respecto al cual se corren ''mil y una leyendas e interpretaciones''. Krauze reconoce su existencia y admite que ''todo es posible tratándose de Villa'', pero también afirma que ''atribuirle una racionalidad de *realpolitik* internacional es ir quizá demasiado lejos''. Villa atacó Columbus —sostiene el autor— ''movido por una pasión humana, demasiado humana: la venganza''. (IV, p. 91.)

Las páginas dedicadas al final de este volumen al general Felipe Angeles, que se unió de nuevo a los villistas en diciembre de 1918, sólo para abandonarlos, esta vez definitivamente, unos meses después, pueden verse como una pequeña licencia que se da a sí mismo el autor. La personalidad de Angeles, su ''evangelio democrático'', impresionan a Krauze tan vivamente que lo obligan a dedicar al juicio y fusilamiento del militar dos o tres páginas, que a pesar de su interés intrínseco salen sobrando en un estudio biográfico de Villa.

Venustiano Carranza, puente entre siglos

El volumen se abre con una caracterización de Coahuila, región en la que libertad y soberanía ''nunca fueron términos abstractos''; región históricamente traumatizada por el cercenamiento de su territorio; región con una fuerte identidad de frontera, manifiesta en el arrojo físico de sus hom-

bres y en el apego a rasgos típicos de la cultura hispánica, como la vitivinicultura y el municipalismo. "Precisamente por vivir en la frontera —dice Krauze—, zona amenazada por definición, [estos hombres] sentían con mayor urgencia y profundidad los valores del centro". (V, pp. 7-8).

Nada en la carrera prerrevolucionaria de Carranza preludiaba al futuro primer jefe: hijo de Jesús Carranza, un juarista leal como pocos; presidente municipal de Cuatro Ciénegas en 1887, cuando contaba con 28 años de edad; oficial de la segunda reserva del ejército, organizada en la época en la que Bernardo Reyes era ministro de Guerra; diputado a la legislatura local y luego diputado federal suplente; precandidato a la gubernatura de su estado en 1909, trance en el que contó con todos los apoyos, menos con el único que valía, el de Porfirio Díaz, el Gran Elector. Después, en la época de Madero, sería gobernador constitucional de su estado y encabezaría una administración reformista, que se empeñó de manera particular en la mejora del ramo de educación.

Sobre su carácter, Krauze hace precisiones que no carecen de interés, "su biografía —dice— es la más compleja de la Revolución", pues quiso emular a Juárez, asumir una autoridad parangonable a la de don Porfirio y no incurrir de nuevo en los errores de Madero. Consiguió "encabezar y encauzar una revolución de corrientes mucho más complejas y poderosas de lo que él mismo sospechaba"; supo ser el hombre puente, vivir plenamente el tránsito entre los siglos XIX y XX. (V, p. 33.)

En el capítulo 4, "Eficacia o legitimidad", se plantean los grandes problemas que enfrentó el país luego de derrotado el huertismo. Esta derrota, en realidad, no significó el fin de la Revolución, sino el principio de una pugna cuyos principales artífices fueron Villa, Zapata y el propio Carranza. Tanto con el jefe de la División del Norte como con el primer firmante del Plan de Ayala, Carranza buscó, infructuosamente, un acuerdo. De Zapata lo distanciaban el origen social y el bagaje cultural; "es el mismo conflicto —dice Krauze— entre el México antiguo y el México liberal que recorre todo nuestro siglo XIX". Con Villa sostuvo, según el decir jocoso de Obregón, un "pleito de enamorados". La metáfora es un tanto forzada, pero se refiere a algo verdadero: aquella era una querrela "más de pasiones y personalidades que de creencias o ideologías". Con el gobierno convencionista, Carranza sostuvo una disputa disfrazada de legalismo, destinada en el fondo a deslindar quién debería ejercer el poder ejecutivo. Carranza se niega a asistir a las sesiones de la Convención, no acepta sus disposiciones ni renuncia a su investidura, pero todo lo envuelve en un adecuado ropaje legal:

No puedo —dice Carranza en el mensaje que envió a la Convención el 23 de noviembre de 1914— entregar el poder a un gobierno que carezca en absoluto de bases constitutivas y que no tenga lineamientos de ninguna clase ni atribuciones definidas ni facultades determinadas (...). Como Jefe del Ejército, como encargado del Poder Ejecutivo, como caudillo de una revolución que aun no termina, tengo muy serias responsabilidades ante la Nación y la Historia. Jamás me perdonaría la debilidad de haber entregado el Poder Ejecutivo en manos de una asamblea que no tiene las condiciones para realizar la inmensa tarea que pesa sobre el ejército constitucionalista. (V, p. 65-66.)

Aun antes de consumado el triunfo militar, Carranza incorpora a su programa revolucionario una buena cantidad de disposiciones de carácter social. Su objetivo era doble: "dar satisfacción a las necesidades

económicas, sociales y políticas del país", y despojar a sus enemigos de sus banderas. Mediante las adiciones al Plan de Guadalupe, promulgadas en diciembre de 1914, Carranza promete leyes agrarias favorables a los pequeños propietarios, disposiciones fiscales encaminadas a obtener "un sistema equitativo de impuestos", el establecimiento de la libertad municipal, la organización sobre nuevas bases del poder judicial, reformas políticas "y en general todas las demás leyes que se estimen necesarias para asegurar a todos los habitantes del país la efectividad y el pleno goce de sus derechos y la igualdad ante la ley". (V, p. 75.)

Con los campesinos, la luna de miel de Carranza fue efímera y deslucida: se inició el 6 de enero de 1915, fecha en la que se promulgó la famosa Ley Agraria, pero dos años después apenas eran tres los pueblos que habían logrado que se les restituyeran sus tierras. Con los obreros, el romance fue no sólo efímero, sino además equívoco. Se inició con la creación de los Batallones Rojos y el acercamiento a la Casa del Obrero Municipal, pero terminó con un decreto que disponía la *pena de muerte* para los huelguistas.

En otros terrenos también se hizo notar el reformismo de Carranza: promovió leyes mediante las que la nación reivindicaba para sí el uso y aprovechamiento de los recursos naturales, intentó reconstruir —sin mucho éxito— la abatida economía, decretó la autonomía de los ayuntamientos en materia de instrucción, pugnó por la independencia de los municipios, suprimió las jefaturas políticas y procuró la libertad del poder judicial. Sin embargo, el proyecto en el que más empeño puso fue en el de reformar la constitución.

De todas las cajas de Pandora que don Venustiano abrió —sostiene Krauze— fue ésta la más personal, la más cercana a su sensibilidad histórica, la que reservó las mayores sorpresas. Carranza confiaba en que la nueva Constitución avalaría *su* concepto de autoridad y respetaría *su* tiempo psicológico. Acertó en lo primero, se equivocó en lo segundo. Creyó que las discusiones se centrarían en "purgar los defectos" políticos de la Constitución de 1857, sin pretender incorporar a la futura Carta las nuevas reformas que deberían seguir, como las de Juárez, su curso histórico, su proceso de maduración. Los diputados, en efecto, aprobarían las reformas de Carranza a la estructura de los poderes públicos pero, para su sorpresa, acelerarían el *tiempo* histórico introduciendo las nuevas reformas sociales en el texto constitucional. (V, p. 97.)

Otro campo en el que Carranza cosechó muchos éxitos fue el de la diplomacia. Su "gallardía internacional" ha sido ponderada por muchos estudiosos, recuerda Krauze, "pero nunca será suficiente". Y agrega: "de principio a fin resguardó los intereses de México con una obstinación que en su momento pareció ceguera o rigidez, pero que, bien vista, fue una mezcla afortunada de firmeza y ductilidad". Echó mano de muchos recursos, pero sobre todo fue hábil al regatear y disputar llevando hasta lo último la tensión, pero sin precipitarse en el abismo y siempre en provecho propio.

En este volumen abundan las digresiones, todas de indudable interés, pero algunas un tanto ajenas al hilo conductor de la obra. La más llamativa es la que ocupa las últimas páginas, donde se exponen y comparan las diversas versiones que sobre las circunstancias en que murió Carranza circulan. A Krauze lo obsede el saber si Carranza se suicidó o no.

Repasa los testimonios de Urquiza, de Aguirre Berlanga, de Amador y de Martín Luis Guzmán, y concluye estimando muy probable el que el Presidente se haya quitado a sí mismo la vida, lo cual equivaldría a un morir sin ser vencido, a un tomar el destino en sus manos. "En cualquier caso —concluye Krauze—, Carranza murió con una dignidad comparable a la de Miramón en Querétaro". (V, p. 172.)

Alvaro Obregón, el vértigo de la victoria

Después de recordar, con una rapidez que de entrada puede parecer excesiva, pero que no lo es tanto si se piensa que este volumen tiene detrás otros cinco, la deslumbrante carrera militar de Obregón, la biografía se detiene en el momento en el que las tropas constitucionalistas han ocupado la ciudad de México. Entonces Krauze alude a las razones por las cuales Alvaro Obregón se había sumado a la Revolución; a diferencia de Villa, al que la "bola" le despertaba cierta pasión festiva, de Zapata, que peleaba por "matriotismo", y de Carranza, para el que la gesta que se libraba involucraba a la nación entera, Obregón podía darse el lujo de declarar que "todos los que andamos por este asunto lo hacemos por patriotismo y por vengar la muerte del señor Madero". En otras palabras: para el de Sonora, "la Revolución no era asunto de teoría sino de guerra". Y hurgando con finura en el terreno oscuro de esos móviles, dice Krauze:

Al tomar la decisión de incorporarse a la lucha como líder había dispuesto [Obregón] con plena conciencia una suerte de cesión de su vida por adelantado. No jugaba con la muerte, pero la toreaba con indiferencia y desdén. En la campaña de Occidente se había arriesgado varias veces hasta extremos de temeridad: no llevaba arma, no se inmutaba si una granada caía a unos cuantos metros de donde se encontraba, se aventuraba en travesías marinas, y cuando por fin, como en Culiacán, lo herían, reaccionaba, según recuerda Martín Luis Guzmán, "burlándose de sí mismo porque las balas no parecían tomarlo demasiado en serio: 'Me hirieron, sí; pero mi herida no pudo ser más ridícula: una bala de máuser rebotó en una piedra y me pegó en un muslo'." (VI, pp. 33-34.)

Por eso son significativos ciertos giros empleados por Obregón en sus manifiestos y por eso también decide castigar violentamente la cobardía de los capitalinos. Aunque al hacerlo parecía que castigaba también su propia cobardía inicial.

Parecía que la ciudad hubiese sido la elegida para pagar el inmenso costo moral de aquel pacto suyo con la muerte. Por eso, además de las responsabilidades objetivas de la capital, que en efecto existían, Obregón había venido a castigar a "la tristemente célebre ciudad de México", y en ella sobre todo al clero, a la clase burguesa y a los extranjeros. (VI, p. 37.)

Este *hombrearse con la muerte* fue más que evidente en septiembre de 1914, cuando desarmado e indefenso se presentó en los campos villistas y le pidió a su futuro adversario, casi por favor, que lo fusilara. Y también al año siguiente, luego de consumados sus mayores triunfos

militares, cuando después de verse el brazo derecho destrozado trató sin éxito de darse un balazo en la sien:

Aquella mañana del 3 de junio de 1915 el general Obregón, saciado de valentía, presa del vértigo de la victoria y anegado, ahora sí, en su propia sangre, quiso poner fin a la fatuidad de vivir; no lo consiguió. El dedo índice disparó el gatillo, pero el azar le negó la bala. (VI, p. 55.)

De su genio militar, Obregón dio múltiples pruebas. Su estrategia se apoyaba en la inteligencia y el discernimiento, en el cálculo y la frialdad. A villa, a quien sabía muy superior en hombres y pertrechos, lo enfrentó siempre con la misma táctica: atrayéndolo a parajes por él escogidos, dejándolo atacar y, en el momento preciso, envolviéndolo y golpéandolo con la fuerza de su propio impulso. "Táctica de judo", dice Krauze, y también táctica de quien había antes estudiado al enemigo.

A mediados de 1919, Obregón lanza su candidatura. "El Viejo" Carranza, por su cuenta y riesgo, había lanzado antes la suya: la de Ignacio Bonillas, un gris diplomático al que no fue difícil destruir. Obregón es ahora el hombre más popular, un caudillo cuya autoridad nadie discute, un hombre que de antemano sabía que más temprano que tarde ocuparía la silla presidencial.

Como presidente, su obra fue multifacética, aunque su aspecto más destacado lo constituye la reconstrucción educativa ideada y puesta en obra por Vasconcelos, el mejor y más talentoso de sus ministros. En 1924, luego de derrotados los delahuertistas, Obregón tal vez reconoce que había sido más difícil dejar de ser militar para convertirse en presidente, que abandonar el arado para empuñar la espada. De todas formas, el balance de su gestión no es del todo desfavorable.

En su haber podía ostentar la obra educativa, ciertos avances fiscales y hacendarios, un tono tensamente conciliatorio con la Iglesia y un apoyo moderado a las demandas obreras y campesinas. Pero a su cargo los enemigos señalaban la transacción con los Estados Unidos, la centralización política, el ahogo de los partidos en la Cámara y la traición a su propio manifiesto de junio de 1919. Y no faltaba quien le atribuyera el deseo de repetir la maniobra que Porfirio Díaz urdió en 1880: imponer a su compadre Manuel González para luego reelegirse *ad aeternum* o, como el mismo Obregón diría, hasta cometer el pecado de envejecer. (VI, pp. 104-105.)

En abril de 1926 eran ya claras las intenciones del invicto caudillo: presentarse de nueva cuenta como candidato y lograr su reelección. Después de todo, él mismo había dicho que el único pecado de don Porfirio había sido envejecer. Por su parte, Antonio Villarreal aconsejaba a Vasconcelos que se riera del héroe del 2 de abril, "usted no se imagina la ambición que hay en ese hombre (Obregón)". Logra que las Cámaras aprueben su reelección; inicia su nueva campaña de mayo de 1927; se deshace, por la vía del asesinato, de Arnulfo R. Gómez y de Francisco Serrano, sus rivales más notorios; salva la vida en innumerables atentados... hasta que el destino lo alcanza. El 27 de octubre de 1928 asiste al banquete que un grupo de simpatizadores le ofrece en el restaurante La Bombilla, en San Ángel. Esta vez no percibe o no quiere percibir la nota de alerta que su taquígrafo le señala. José León Toral se acerca y con una frialdad premeditada pero no por ello menos impresionante de-

cide cambiar su vida por la del caudillo. "Dios me lo ordenó", diría después a sus jueces.

Plutarco E. Calles, reformar desde el origen

Para Krauze, hay un primer dato esencial en la biografía de Calles: su condición de hijo ilegítimo. Aunque conoce a su padre, nunca siente en él un apoyo ni puede tomarlo como ejemplo. Hay un pequeño poema del joven Plutarco —"prescindible para la historia de la literatura guaymense pero revelador de un profundo conflicto de identidad"—, cuya lectura provoca en Krauze la siguiente reflexión:

El caos y el dolor tenían doble origen: la ilegitimidad y el desorden, ambos causados a él por su padre. Plutarco Elías Calles era ilegítimo para la sociedad en la medida en que su padre jamás se casó, pero lo era más aun ante la religión; de allí, quizá, que su manera de disolver la ilegitimidad fuese negar la potestad religiosa. El otro factor, el desorden paterno, se había traducido en un permanente abandono, pero de sus consecuencias profundas el joven Elías Calles apenas comenzaba a percatarse. (VII, p. 14.)

Su carrera política es fulgurante, aunque se inicia con un nombramiento menor, el de comisario político de Agua Prieta, proveído por su amigo José María Maytorena en septiembre de 1911. Un año y medio después, cuando el golpe de estado huertista, Calles "no vacila", descubre al chacal y se pone a reclutar voluntarios. Ya como teniente coronel ocupa Agua Prieta y luego intenta, infructuosamente, tomar Naco; el primero de diciembre de 1913 es ascendido a coronel, se acerca a Carranza, con quien lo unen la tenacidad, la energía y otros rasgos de carácter. En marzo de 1914 se lo nombra comandante militar de Hermosillo y "jefe de las fuerzas fijas de Sonora", se enfrenta a Maytorena y lo vence. El 4 de agosto de 1915 Carranza lo nombra gobernador interino y comandante militar del estado de Sonora. Para él había acabado entonces la revolución armada; era hora de comenzar su "revolución personal", su "dictadura pedagógica", dice Krauze.

Como gobernador, su labor fue intensísima: presentó el mismo día en que ocupó el cargo un programa de gobierno, que suponía la reforma de la vida social y económica local; emitió un sinnúmero de decretos, que disponían, entre otras cosas, la apertura de nuevas escuelas, el establecimiento de salarios mínimos y la reforma de los tribunales estatales. Su gobierno fue, en realidad, "un laboratorio político que anticipaba su actitud como Presidente". Aunque su posición no era la de un apóstol, que pretendiera fundar de nuevo la historia, sino más bien la de un maestro, que "busca *re-formar* desde el origen a la sociedad". "Calles no funda de nuevo el mundo; no clausura su pasado, sino que lo integra racionalmente y lo devuelve, purificado e imperioso, a la sociedad".

A fines de 1920 se convierte en el colaborador más fiel —no necesariamente en el más brillante ni en el más eficaz— de su paisano Alvaro Obregón. Curiosamente, de Obregón lo distanciaban el temperamento, los ideales y hasta su aspecto físico. En otras circunstancias, dice Krauze, "hubieran chocado, pero la historia y la política los unieron".

En diciembre de 1924 asume el cargo de Presidente de la República y le da de inmediato manga ancha a su frenesí reformador: decreta una

nueva Ley General de Instituciones de Crédito, funda la Comisión Nacional bancaria, establece el Banco de México, funda el Banco Nacional de Crédito Agrícola, llega a considerar seriamente la posibilidad de reprivatizar los ferrocarriles, crea la Comisión Nacional de Irrigación, amplía y profundiza la acción de las escuelas rurales, etcétera.

En el frente externo, Calles cosecha también algunos éxitos importantes: da la espalda a los Tratados de Bucareli y asume una actitud nacionalista; coquetea con Sandino y con la Unión Soviética, cuya embajadora, Alejandra Kolontay, llega a decir que "no hay en todo el mundo dos países con más afinidad que el México moderno y la nueva Rusia". Pese a estos excesos, puede decirse que su labor diplomática es hábil y prudente, y que su mayor mérito consistió en evitar el enfrentamiento con los Estados Unidos. La llegada de Dwight Morrow, a fines de octubre de 1927, pone fin a las tensiones e inaugura una época de entendimiento. En realidad, Morrow fue mucho más que un embajador. Vasconcelos llegó a decir que era el procónsul. Krauze, mucho menos virulento, dice tan sólo que Morrow "se colocó en el centro de la vida económica y política de México"; colaboró con el ministro de Hacienda, "concertó una total reestructuración de la deuda externa", intervino como mediador en el conflicto petrolero y logró que Charles Lindbergh, el famoso aviador, visitara México. En resumen, "Calles ganó hasta donde podía ganar": obligó a los Estados Unidos a retirar su amenaza de invasión, deshizo el espantajo del Soviet Mexicano y "redujo la dureza y la histeria de la diplomacia norteamericana".

Pero hubo un terreno en el que Calles no cosechó más que fracasos: el religioso. Su intemperancia, su espíritu apocalíptico, su arrogancia y su falta de voluntad para concertar un acuerdo llevaron el conflicto hasta extremos violentos y peligrosos. Aunque claro, Krauze reconoce que "el conflicto estaba allí", que Calles "no lo había inventado" y que pertenecía no sólo a la historia mexicana sino también a la europea: "era la disputa centenaria entre el poder espiritual y el secular". Pero, aunque Calles no inventó el conflicto, sí fue "su catalizador principal":

Toda su biografía apunta hacia el rompimiento. Acaso por borrar de una vez y para siempre el cuerpo de doctrina que lo había condenado a la ilegitimidad, buscó una solución tan radical como la que había impuesto en Sonora al expulsar a todos los sacerdotes. Se ha dicho que Calles, al no lograr la súbita reconstrucción del país, canalizó su decepción abriendo el frente religioso. Esta actitud fortuitamente vengativa no concuerda con su naturaleza. Calles aborda el problema religioso por una frustración personal que lo lleva al convencimiento de que la religión católica es la fuente principal de atraso en el pueblo mexicano. (VII, p. 81.)

Más aún: Calles no buscó como Savonarola "un cristianismo más puro, más cercano a los orígenes", ni declaró como Ignacio Ramírez que "Dios no existe": Calles

es un profesor sonorenses que no entiende ni respeta ni justifica al "México viejo" donde los hombres no son "verdaderos hombres". Sin saberlo, Calles es sólo un sacerdote de una fe como cualquier otra: la del progreso y la "evolución". Un reformador imperioso y racional al que, muy en el fondo, mueve una pasión absolutamente ciega, irracional: la de negar el pecado de origen... de su origen. (*Ibid.*)

Al lado de este enorme y costoso desacierto, Calles se apunta un gran triunfo: la creación del Partido Nacional Revolucionario y, a su través, la institucionalización de la vida política nacional. Después del asesinato de Obregón, "cualquier cosa podía pasar". Sin embargo,

Calles conservó la cabeza fría. Nunca como entonces brillaron sus prendas específicas: la severidad, la reflexión, la entereza de carácter. Cada paso que dio, o que permitió, tuvo un toque de sabiduría. (VII, p. 87.)

Calles propone la realización de "una gran reforma política", favorece la elección de Portes Gil como presidente interino, preside el comité organizador del PNR y derrota al general Gonzalo Escobar, que encabeza la última gran rebelión militar de la época. Después, Calles se convierte en el poder detrás del trono. Ya no es el presidente, pero ahora es el jefe máximo; su labor consiste en orientar, aconsejar y censurar a los gobiernos de la Revolución. "Calles ya no está en el poder, pero el poder sigue estando en Calles", explicaba por entonces Jorge Cuesta, quien a juicio de Krauze es "el ensayista político más lúcido de los años treinta".

Todo marchó sobre ruedas hasta que el general Lázaro Cárdenas fue nombrado candidato del PNR a la presidencia de la República. La historia es harta conocida, lo mismo que el nombre del perdedor. Sin embargo, para explicar el enfrentamiento entre Calles y Cárdenas, Krauze no acude a las gastadas fórmulas que ponen el acento en rasgos de carácter. Había evidentemente un distanciamiento personal, pero había también un profundo "conflicto histórico". Krauze advierte que:

En el ámbito obrero, agrario, intelectual y dentro del propio gobierno, avanzaba una nueva actitud ante la política, cuyo rasgo más notorio era justamente el idealismo socialista que perfiló Cuesta. No era sólo una tendencia mexicana sino un signo de la época. Después de la Depresión de 1929 y el ascenso de Hitler al poder, Occidente buscaba nuevas creencias que explicasen y justificasen la crisis del capitalismo y fueran, al mismo tiempo, un bastión contra el nazismo. El socialismo y muchas veces el comunismo colmaron el hambre de fe en el advenimiento —a un tiempo deseable e inevitable— de una sociedad sin clases. (VII, p. 127.)

Lázaro Cárdenas, general misionero

"Del regazo a la Revolución": rápida crónica de una carrera militar no demasiado brillante, pero tampoco deslucida. Una carrera, además, en la que lo embarcó el azar. Quiso incluso, consumada la derrota del huerismo, retirarse a la vida privada, pero los acontecimientos fueron más fuertes que él y lo obligaron a seguir en "la bola". Descubrió entonces que su suerte era espléndida: anónimo testigo de la firma de los Tratados de Teoloyucan, convencionista efímero, teniente coronel a los 19 años, jefe de uno de los regimientos destacados en Sonora, territorio en el que por entonces Calles probaba su experimento reformista, *El Turco* dispensa al joven militar su afecto y su protección. El primero de noviembre de 1915 defiende con éxito la plaza de Agua Prieta y obliga a los villistas a retroceder. Al año siguiente regresaría a Sonora, a combatir a los yaquis, a admirar de cerca el celo reformista de su mentor y a consolidar una amistad que sería clave en su carrera. Entre 1917 y 1920 muda

constantemente de escenario, siempre fiel a la causa del gobierno. El 20 de mayo de 1920 toma el rumbo de la sierra de Puebla, con el objeto de capturar al Presidente, pero para su fortuna una creciente del río El Espinal le impide llegar el primero a Tlaxcalantongo, donde muere Carranza y se define el futuro político inmediato del país.

Después de unos pocos meses durante los que funge en su tierra como mediador, Cárdenas reinicia su periplo: jefe de operaciones militares en el Istmo, testigo de privilegio de otro experimento radical —el emprendido por su amigo, el general Múgica, en Michoacán, y víctima de su impericia en Huejotitlán, donde su columna es reducida a nada y él herido y remitido a Guadalajara. Lo salvarían su nobleza, su reconocida integridad y la generosidad de sus captores, los generales Buelna y Estrada. A mediados de 1926 llega a La Huasteca, donde tiene oportunidad de formarse ideológicamente, bajo la conducción de Múgica. Además, conocerá de cerca los abusos de las compañías petroleras extranjeras, que a base de embustes y ofrecimientos intentan vanamente ganarse su complicidad, o por lo menos su silencio. Cárdenas resiste y comienza a acariciar "la idea de expulsar a las compañías petroleras del suelo mexicano".

A principios de 1928, contando 32 años de edad, Lázaro Cárdenas inicia su gira como candidato a la gubernatura de Michoacán, escenario de la más antigua e intensa guerra ideológica, cuyos polos antagónicos eran la Iglesia católica y la reciente pero impactante labor "desfanatizadora" del gobernador Múgica. Cárdenas se compromete a "resolver el problema de la tierra" a impulsar el desarrollo agrícola y de la instrucción pública y a exterminar a los que por entonces todavía llamaba "rebeldes fanáticos". Pero su estilo no está definido por el radicalismo impulsivo ni mucho menos por la violencia.

Su estilo es otro: la bonhomía de su padre herbolario, la suavidad de su madre, la paciencia indígena de su tía Angela. También su visión de los problemas sociales llega a ser un tanto diferente de la de su mentor: menos profunda, pero más serena, equilibrada, amplia. No hay en Cárdenas un exseminarista azote de las sotanas: hay un reformador firme y marcial como Calles, un convencido de sus ideales como Múgica, un implacable manipulador de masas, todo ello enmarcado por un temple humanitario y hasta dulce: el político perfecto. (VIII, p. 38-39.)

Pero sería en la creación de la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CRMDT) donde Cárdenas revelaría todo su genio. Fundada con el carácter de organización única, llegaría a tener 100 mil miembros, hasta convertirse en "la primera organización de masas *inducida* por el gobierno y ligada verticalmente a él". Apoyado por este brazo político, el gobernador se lanza a un perpetuo peregrinaje; su cordialidad y su campechanía le ganan el afecto del pueblo, es solemne pero no afectado, aprende a escuchar, da a su poder un sentido misericordioso y paternal. Aunque en el recuento habría que considerar también la otra cara de la moneda: Cárdenas es impermeable a la crítica, terriblemente orgulloso, ignorante de la independencia de la que en teoría están investidos los otros poderes, a cuyos representantes tributa un trato de simples empleados.

En el terreno educativo, instrumenta un programa tendiente a hacer de los niños "verdaderos seres humanos, hombres de empresa y de acción". Las misiones culturales que organiza, aunque inspiradas en el ejemplo de Vasconcelos, ya no tienen por objeto acercar lectores a los clásicos, sino desfanatizar y desalcoholizar. Los maestros, así, "eran sobre todo agentes del cambio revolucionario, expertos en asuntos sindicales y cooperativistas". Ante los universitarios, su actitud inicial de desconfianza y recelo se transforma en otra permeada por la convicción de que los jóvenes también pueden andar el camino abierto por los revolucionarios.

Ante los católicos, su actitud no es la del fanático desfanatizador, que sólo concibe soluciones finales, sino la del hombre que entiende cuán arraigadas están en el pueblo ciertas creencias y que trata de evitar nuevos baños de sangre. Aunque dicta leyes restrictivas, es el primero en aceptar que no se acaten al pie de la letra, y aunque en lo personal no cumpla con la actitud retardataria de ciertos curas, nunca pide para ellos la picota. Pero Cárdenas "no tenía el don de la ubicuidad" ni resolvía él personalmente todos los problemas, y no pudo evitar que en su nombre se cometieran muchos excesos, como el provocado por un grupo de agraristas en Cherán, durante los festejos de Semana Santa.

En materia agraria, la administración encabezada por Cárdenas dio muchos frutos, aunque no todos óptimos. Se repartieron 141 mil hectáreas y se defendió al ejido, a la vez que se tuvo que enfrentar la oposición tenaz de los hacendados, del clero e incluso de muchos peones presuntamente beneficiados por el reparto. Los campesinos no querían tierras, ni firmaban solicitudes de dotación, ni apoyaban una acción que tenía como su fin primordial el de redimirlos. Esta cerrazón, sin embargo, no lo obligó a modificar el rumbo de su política. Cárdenas sintió siempre por los campesinos un cariño entrañable; se sentía unido a ellos, los trataba con la mayor cordialidad y nunca les regateó su tiempo.

Cárdenas revela en Michoacán la verdadera naturaleza de su ser político: es un zorro, pero un zorro ataviado con el sayal de un franciscano, un hombre que conoce el terreno que pisa y que mide cada paso que da. Concluida su gestión, ocuparía durante algunos meses la presidencia del PNR, donde deja constancia de su espíritu reformista. En el conflicto entre Calles y Ortiz Rubio se inclina por el primero, aunque se guarda muy bien de enemistarse con el Jefe Máximo. Luego va a dar a la Secretaría de Gobernación y después a la de Guerra, con lo que culmina su aprendizaje político, pues unos meses después es nominado candidato a la presidencia de la República por el PNR. Realiza una intensísima gira, sólo comparable a la que hizo Madero en 1909; (re)conoce el país, aprehende su diversidad, conquista voluntades y anuncia que su programa como presidente no sería diferente al que puso en obra cuando fue gobernador de Michoacán.

Instalado ya en palacio, Cárdenas comprende que lo primero que tiene que hacer es desembarazarse de su antiguo mentor, el Jefe Máximo. Si quería de verdad ejercer la presidencia y poner en acto sus propias ideas, tenía que ganar la partida al general Calles. Sin embargo, el desplazamiento del sonorenses no fue sólo "un acto personal de convicción y valor", sino también el resultado de un proceso que supuso la incorporación al gobierno de elementos relegados, la reorganización del ejército, la reforma del poder judicial y, sobre todo, el ascenso de las masas y de sus organizaciones. Este gran cambio, que se consumó con la salida del país de Calles, trajo consigo otros cambios:

fin de la hegemonía militar, fin de las querellas de bloques en las Cámaras, centralización política en manos del Ejecutivo, domesticación de los otros poderes, ascenso de la política de masas y de un Estado corporativo que ya se apuntaba en la gestión de Cárdenas en Michoacán. (VIII, p. 102.)

Resuelto este espinoso asunto de "alta política", Cárdenas se entrega a su labor redentora. En el terreno ideológico, su experiencia michoacana le había enseñado cuán inútiles y contraproducentes eran los empeños "desfanatizadores". Para él, "la cuestión religiosa" ya no revestía importancia mayúscula: "no compete al gobierno promover campañas antirreligiosas", declara puntualmente. Mucho más importante era que los maestros asumieran su papel de redentores sociales. Impulsa la educación socialista, que por momentos parece reducida a una pugna entre intelectuales, a un extenso soliloquio que no sedimenta y que tiene pocos efectos de carácter práctico.

Empero, sería en el terreno agrario en donde se mediría el temple reformista del presidente Cárdenas. Impulsa decididamente el reparto de tierras y da forma a un sinúmero de ejidos, que en su opinión deberían convertirse en instrumentos de la "liberación económica absoluta del trabajador". Su proyecto agrario afectaría a todo el país, promovería la colonización interior, convertiría a los peones acasillados en sujetos de reparto y haría del Estado un gran padre omnímodo y generoso, aunque autoritario. Anenecuilco, La Laguna, Yucatán, los valles de Mexicali y del Yaqui..., el país todo asiste a esta grandiosa obra que parecía abrir para los campesinos una época de abundancia y bienestar. Los resultados, sin embargo y a pesar de la terquedad y la buena voluntad del presidente agrarista, distaron mucho de ser los apetecidos. Ya los anarquistas de la CGT habían previsto, con envidiable lucidez, cuáles eran los límites de esta política: el reparto "convertía al campesino en apoyo corporativo del Estado, verdadero promotor y beneficiario de la Reforma". Es decir, si económica y socialmente hablando el reparto tenía muchos inconvenientes, desde el punto de vista político su éxito era innegable: la hacienda dejó de ser la institución que era para convertirse en una palabra más de los manuales de historia, y sus propietarios, removida su base de poder e influencia, perdieron su antiguo carácter de oligarcas.

Tan importante como su política agraria fue su decisión de fundar una central única de trabajadores vinculada orgánicamente al Estado y asiento de su creciente poder. Gracias a este apoyo, y a otros que poco a poco se habían ido acercando, puede emprender la que sería la batalla decisiva de su sexenio: la batalla por el control del petróleo. Cárdenas, en contra de todas las previsiones, se enfrenta con éxito a las poderosas compañías extranjeras que monopolizaban el aprovechamiento de ese preciado recurso. Las empresas afectadas por esta histórica medida "concertarían un amplio y efectivo boicot contra México", que pese a todo no lograría doblegar a Cárdenas ni obligarlo a dar marcha atrás. El presidente se mantuvo lúcido; no maldijo a los norteamericanos ni mucho menos a su gobierno, conservó la amistad del embajador Daniels y dio cuerpo a la promesa contenida en el artículo 27 de la Constitución.

Además, Cárdenas emprendió una política exterior activa y democrática. Lo mismo asiló a Trotsky, "el profeta desterrado", que abrió las puertas del país a los refugiados españoles. En realidad, la actividad toda de este gobernante está marcada por la difícil convivencia "de un Estado corporativo con las más amplias libertades cívicas". O, como dijo Ma-

nuel Moreno Sánchez, Cárdenas fue "un presidente tolerante y equitativo" y a la vez una especie de "cacique que lo quiere resolver todo sin pensar en la estructura constitucional". Sin embargo, Krauze piensa que había una paradoja mayor, la representada por "la terca realidad" empeñada en distorsionar "los empeños celestiales del General Misionero".

Separado de la presidencia, Cárdenas se mantuvo cerca de México y de sus problemas. A veces ocupando cargos públicos menores y siempre siguiendo atento el curso de los acontecimientos. Es un hombre que, alejado del poder, advierte los riesgos del presidencialismo y se convierte en abogado de la tolerancia y las prácticas democráticas. Ante López Mateos defiende a los presos políticos y sostiene que un gobierno revolucionario no podía, sin mengua de su buen nombre, mantener en la cárcel a hombres cuyo único "delito" era no comulgar con el credo oficial. Después simpatizaría con los estudiantes que en 1968 sacudirían la conciencia nacional y lamentaría los trágicos acontecimientos del 2 de octubre. "No podía ni quería creer —apunta Krauze— que los soldados de la Revolución hubiesen empleado las armas contra los estudiantes". En realidad, Cárdenas viviría durante muchos años dividido entre su convicción de que el gobierno, pese a sus desaciertos, era legítimo, y su simpatía por diversos movimientos de carácter opositor. Su institucionalidad, sin embargo, no le ahorraría el calificativo de "indisciplinado" con que lo obsequió cierto secretario de la Defensa, ni le impediría convertirse en un eficaz protector de sus amigos perseguidos. A los que nunca olvidó fue a los indios; ellos se encargarían de velarlo y de canonizarlo.

Contra nuestros pequeños inquisidores

A pesar de que los libros no son en su conjunto el resultado de una investigación original y de que una y otra vez Krauze se vale de lo que han dicho otros, hay muchas apreciaciones personales, novedosas y llenas de interés. Discutibles, desde luego, porque al fin de cuentas en este terreno nadie puede pretender decir la última palabra, pero indudablemente sugestivas y originales. Cuando habla, por ejemplo, de la "identidad en tránsito" de Porfirio Díaz, Krauze se revela como un biógrafo fino y agudo, que echa mano de la psicología sin llegar a los extremos que tan familiares nos son en autores como Stefan Zweig, que cree poder descubrir detrás del más inocente gesto los rasgos más determinantes de una personalidad. También habría que añadir a la lista de aportaciones la recuperación de los *Diarios* de Madero, en los que el Apóstol asentaba los resultados de sus experiencias espiritistas, y la de algunos papeles que se conservan en el archivo personal del general Calles. La lectura atenta de estos documentos le ha permitido a Krauze arrojar nuevas luces sobre la época y los personajes.

Para fortuna de los lectores, en los libros de Krauze también tienen su parte las presuntamente defenestradas "fuerzas impersonales de la historia". En efecto, aunque por razones publicitarias se ha insistido en el papel protagónico y fundamental de los héroes, por todos lados se filtran, deliberadamente, las referencias al contexto, a la época y a situaciones que siendo ajenas al control del personaje determinan sus ideas y sus actos. Es claro que para Krauze la historia no es sólo el resultado de una puja ciega e impersonal y que en sus biografías los individuos no son meros "portadores" de relaciones sociales de producción, pero también lo es que no comparte las ideas de Carlyle sobre el protago-

nismo de los héroes. Las suyas son biografías que no se entienden sin la presencia de múltiples determinaciones, y también historias que responden —no mecánica ni directamente, desde luego— a los dictados de voluntades privilegiadas. Pienso que la historicidad que atribuye Krauze a sus personajes es aquella de la que habla Hegel, la propia de personajes que entienden el espíritu de su época y sus más profundos móviles, y que la encabezan.

Se ha dicho que estos libros “están destinados a un público culto, casi a una elite intelectual”, y que su maldición radica en el hecho de que esa minoría los juzgará poco dignos de atención, una especie de pasatiempo ligero e inútil. Desde mi punto de vista, sin embargo, el problema no radica en el hecho (falso) de que los libros estén escritos para un público de entendidos, que conocen de antemano los detalles de historias que se cuentan sólo a medias, o a las que apenas sí se alude, sino en que tratan de personajes y situaciones que se entrecruzan y que resultaría un tanto ocioso estar recreando cada vez. Es el caso, por ejemplo, de las célebres entrevistas sostenidas por Obregón y Villa en septiembre de 1914, que se recuperan con cierta prolijidad en el tomo IV y que en el VI se recuerdan muy brevemente, sólo porque ilustran mejor que ningún otro episodio la valentía de Obregón. Aunque hay que reconocer también que hay episodios y situaciones que se dan —indebidamente— por sabidas. En la página 19 del tomo VII, por ejemplo, se alude a “Salvador Alvarado, el buen amigo de Calles”, pero el autor nunca nos explica quién era el tal Alvarado y por qué su amistad con Calles. Un error similar se comete en la página 84 de ese mismo volumen, donde se habla de “la extraña muerte del general Angel Flores”, dándose por descontado que el lector conocerá las circunstancias en que murió Flores y que compartirá la apreciación del autor. Estos deslices, sin embargo, no empañan el hecho más importante: las historias están narradas de tal manera que puedan ser comprendidas y disfrutadas por un público mucho más amplio (y menos mezquino) que el universitario.

Unas líneas, por último, sobre lo que algunos llaman “los supuestos ideológicos” de los volúmenes aquí reseñados. Habría que decir primero de qué “supuestos” se trata y después aclarar en qué medida se trata de una mercancía que quiere deslizarse subrepticamente. En cuanto a lo primero, no me parece que sean “supuestos”: son propuestas explícitas, lecciones que el autor deriva de las vidas de sus personajes. Y por lo que toca a lo segundo, el lenguaje de Krauze es tan llano y directo que no puede razonablemente pensarse en una celada, en una trampa atrapa-bobos. Uno puede o no estar de acuerdo con él, pero no atribuirle la actitud de quien arroja una piedra y enseguida esconde la mano. Por lo demás, las ideas de Krauze no son nuevas: él mismo se ha encargado otras veces de defenderlas, y de defenderlas con argumentos de historiador. Entonces, ¿por qué el escándalo?

¿Cuáles son en todo caso esas propuestas que han provocado que más de alguno se rasgue ostentosamente las vestiduras? Son las mismas que figuran en aquel célebre ensayo titulado *Por una democracia sin adjetivos*, publicado hace algunos años en la revista *Vuelta*, de la que Krauze es subdirector. Después, en otros textos, el autor ha vuelto a aquellas ideas, exhibiendo a la vez que su carácter poco ortodoxo su pertinencia. Ahora las retoma y lee con esos lentes la vida de nuestros revolucionarios. Krauze cree que la historia mexicana ofrece, desde el punto de vista de la política, dos momentos estelares: los años de la República Restaurada, presidida por un puñado de bravos que creían

más en el progreso político que en el económico y que ejercieron fiera y tenazmente las libertades garantizadas por la Constitución, y la época más efímera de la presidencia maderista, cuando el poder vuelve de nuevo a tener diques, cuando la prensa se ve al fin libre de censura y cuando los estados de la federación empiezan a ejercer verdaderamente su autonomía.

Krauze cree también, y lo dice sin ambages, que la democracia electoral es la palanca más efectiva del progreso social y el asiento más sólido de una prosperidad bien entendida. Y ese es el mensaje que dirige a sus lectores y a sus patrocinadores: hay que saldar esa antigua cuenta, hay que devolver a la democracia su lugar, hay que utilizar el legado dejado por aquellas generaciones de liberales heroicos. Krauze podría parafrasear a Madero y decir que el pueblo no desea pan, sino libertad, porque con la libertad se conquista el pan.

Esta convicción del autor permea todo el texto. Cuando se pregunta por qué cayó Porfirio, responde recordando la "antigua querella" del dictador "con el liberalismo puro, el político", (I, p. 137) Y cuando habla del triunfo (efímero) del Apóstol, cita a Cosío Villegas: "la bandera maderista era una verdadera reivindicación... Era la reivindicación de la libertad individual..." del individuo contra el poder opresor del Estado... era el reconocimiento del viejo apotegma bíblico de que "no sólo de pan vive el hombre..." (II, p. 66) E incluso en la caída de Madero encuentra Krauze la oportunidad de extraer esta misma lección: "la medicina democrática no tiene fecha de caducidad" nos dice y bien haríamos en ver nuestras llagas políticas y morales en aquellas que descubrió y trató infructuosamente de curar el de Coahuila.

Estas tesis son discutibles, pero nadie puede darse el lujo de negar sin más su poder explicativo y de refundirlas en el cajón de lo inservible. La irritación que han provocado nos recuerda que en México los intelectuales no tienen la costumbre de discutir: prefieren ignorarse o, en caso de extrema necesidad, insultarse. A Krauze no se le puede ignorar: tanta es la fama que ha ganado con sus escritos y tanta la publicidad que se le ha hecho a su *Biografía del poder*. Lo aconsejable entonces es agredirlo, descalificarlo sin haberlo leído, enjuiciar sumariamente su obra y enviarlo al purgatorio. En épocas más aciagas se lo hubiese tachado de entreguista, de agente a sueldo del imperialismo y de corruptor de la esencialmente buena conciencia del mexicano. Hoy, esos calificativos están en desuso, aunque su lugar lo ocupan otros no menos inteligentes: escudero de Octavio Paz, vocero de Televisa, niño bien metido a intelectual. La lógica es la misma: calumniar hasta el cansancio, con el fin de que algo quede. Es la lógica de la simplificación y la violencia, la cultura de aquellos que a pesar de su carácter presuntamente iconoclasta siguen siendo en el fondo de su corazón pequeños inquisidores.